

IVÁN, EL EMIGRANTE

“Qué raro me siento en este pueblo”, pensé cuando, una vez instalados, fui a dar una vuelta. Mi país, Argentina, estaba muy lejos, al otro lado del océano. Mis amigos de siempre no estaban, ni la bicicleta, que no cabía en la maleta, ni *Tiburón*, mi perro, que ahora vivía con mi abuela. Le puse este nombre porque tenía una hilera de dientes finos, finísimos, que enseñaba a todo aquél que se acercaba. Y eso que era más pequeño que un mirlo, pero valiente como un tiburón. Pobre Tiburón, se había quedado en Buenos Aires.

Desde la estación de tren, habíamos subido a pie hasta el Barrio. Según me habían dicho, allí viviríamos. Subiendo por la carretera, con un calor de julio que sofocaba, encontramos unas casitas muy bonitas, pero aquello todavía no era nuestro pueblo. Para llegar teníamos que cruzar unas cuantas calles más.

Y entonces ví la casa. Era alta, tenía unos cuatro pisos. No había balcones y la fachada era de color verde. Entramos en la escalera. En la portería de Buenos Aires había un espejo enorme y unas butacas para que los que esperaban a algún vecino pudieran sentarse. Aquí no había nada de eso, pero por lo menos mis padres tendrían trabajo, decían; allí ya no podíamos vivir.

Tan pronto como me dieron permiso salí de casa para dar una vuelta. Subí por lo que parecía una rambla. Había una hilera de árboles en los laterales, era más ancha que la calle donde estaba mi nueva casa, los coches no podían pasar y había unos bancos en cada lado con grupos de hombres y mujeres hablando. Los niños pequeños corrían de un lado para otro jugando a la pelota o montando en bicicleta. Parecían contentos. Yo pensé en mis amigos de Buenos Aires. Me sentía muy triste; me hubiera gustado estar en casa. En una esquina ponía “Torrent Santa Anna”. “Qué debe significar “torrent”?”-me preguntaba. Mis padres me habían dicho que tendría que aprender una lengua nueva. A lo mejor quería decir “calle”.

Subiendo encontré una plaza. Había muchos niños jugando al fútbol, y un grupito, a básquet. Me acerqué, poco a poco. Me senté en un banco. Miraba como se divertían. Echaba de menos a mis amigos de Buenos Aires.

- Quieres jugar?- escuché una voz en una esquina que me hizo salir de la nostalgia.
- Cómo te llamas?-continuó- yo me llamo Mohamed.
- Iván
- Quieres jugar? Somos dos contra uno y nos falta un jugador- insistió.
- Sí, claro.

Me gustaba jugar al fútbol. En Buenos Aires lo hacía cada tarde, con los amigos. Soy bueno, muy bueno, y enseguida lo supieron.

De aquél primer día, me acuerdo que volví a mi nueva casa con menos tristeza de la que sentía cuando salí. Eran las vacaciones de verano de los niños de ese pueblo, y ya había quedado para hacer unos cuantos chutes a la mañana siguiente. Aquél parque se llamaba la Petanca, y ya conocía a Mohamed, a Mussa y a Alberto.

Tres días más tarde tuve una sorpresa. Estábamos jugando al fútbol cuando la pelota salió del campo, hacia una zona donde había columpios. Para ahorrarme de ir a buscarla, desde un banco grité a una niña que estaba muy cerca de la pelota:

- Eh niña! Me puedes pasar la pelota?
- No te oye-me dijo una voz cercana- es sorda. Te tiene que ver para leerte los labios.
- Tu quién eres?- le pregunté sorprendido.

- Soy amiga suya. Me llamo Tania.

Tania se dirigió a donde estaba Claudia. Le tocó la espalda y Claudia se giró. Después le gesticuló con las manos y fue a buscar la pelota. Me quedé pasmado: Claudia era la niña más bonita que había visto en mi vida. Era alta como yo, rubia, con unos ojos verdes que hipnotizaban. Era preciosa.

Tania me dio la pelota, pero yo no podía moverme. Era tan guapa!

- Que miras?- me dijo Tania.
- Queréis jugar a pelota? – no quería irme de allí.

Tania se dirigió a Claudia y con gestos se lo preguntó, y ella dijo que sí. Mis amigos hicieron una cara rara pero al cabo de cinco minutos ya jugábamos todos al fútbol. Supe que Claudia y Tania hablaban en lengua de signos catalana. No era el idioma que mis padres me habían dicho que tendría que aprender; era otra lengua! “es curioso este pueblo”- pensé.

Quince días más tarde ya sabía muchas cosas. Mohamed había venido de Marruecos; y Mussa, de Gambia. Alberto había nacido en el pueblo, pero su familia venía de Andalucía. Y Tania y Claudia eran de aquí, y sus padres también. Todos hablaban un montón de lenguas; que si catalán, que si castellano, que si árabe, que si el diola e inglés y, además, la lengua de signos catalana. Era muy curioso, este pueblo.

Un día Tania, propuso coger las bicicletas. Conocía un lugar del pueblo donde su hermano iba a menudo. Explicó que estaba lleno de montañas para saltar, y trampolines de madera, que incluso había una piscina de espuma! Maldecía haberla dejado en Buenos Aires! Pero por suerte Mussa, me dejó la de su hermano. Fuimos al biciparc La Poma y aquello superó lo que nunca me hubiera imaginado. Para empezar, justo al lado había dos campos de fútbol de césped! Dos campos! No me lo podía creer!

Y en el biciparc unos chicos mayores, de unos quince años, saltaban y hacían piruetas en el aire. Otros hacían carreras y parecían gacelas; y unos cuantos estaban en otra zona haciendo trial.

- Este pueblo tiene de todo!- grité entusiasmado.
- Pues todavía no lo has visto todo- me dijo Tania- Mi hermano también va al skate, por ahí abajo, detrás del instituto.
- El skate? Dónde?

Fuimos corriendo. Estaba fascinado con tantas novedades! Un grupo de jóvenes se tiraba a una piscina vacía con el patinete; uno detrás de otro. Daban volteretas en el aire y se deslizaban ágilmente.

- Es sensacional- dije mientras me giraba hacia Claudia. Tania me había enseñado algunas palabras en lengua de signos. Todos nos comunicábamos con ella. Era guapísima.

Otro día fuimos a merendar a casa de Alberto. Su abuela nos preparó un pastel y, mientras comíamos, me preguntó como estaba. Me acarició el pelo y nos explicó que todavía se acordaba del día que llegó al pueblo desde Andalucía. Fueron a vivir al barrio de los Remedios. No había agua corriente y la tenían que ir a buscar en cubos a un pozo de la Avenida San Pedro, que estaba bastante lejos. Hasta que los vecinos se organizaron y se construyeron unas tuberías para hacerla llegar hasta las casas. También nos contó que para ir hasta el pueblo

tenían que cruzar el Torrente Castells, por un puente que en alguna ocasión la fuerza del agua se había llevado río abajo! Qué tiempos aquellos! Todo había cambiado mucho!

Al final del verano había vivido un montón de experiencias que explicaba a los amigos de Buenos Aires cuando me conectaba en el Messenger. No se lo creían, que hubiesen dos campos de futbol de césped, ni un paraíso para las bicicletas y un parque de patines tan fantástico como el de Buenos Aires. Tampoco que hubiera la niña más bonita del mundo, Claudia. Todos la querían conocer! “Echo en falta a mis amigos y a Tiburón, pero Premià de Dalt también está muy bien”-pensé.

Los días fueron pasando y llegó el momento de empezar el colegio.

- A qué colegio irás?-me pregunto Mohamed.
- Me han dicho que iré al Santa Anna- respondí.
- Tania y yo también! Iremos juntos! Alberto y Mussa van al Marià Manent.
- Y Claudia?
- No, Claudia va a Barcelona- dijo Tania- Va a un colegio donde los profesores hablan en lengua de signos.

La noticia me cayó encima como un jarro de agua fría. Lejos de Premià? Claudia? No me lo podía creer! Estaba muy enfadado! Como podía ser que Claudia no viniera a nuestro colegio?

- No te preocupes- me dijo Claudia- podemos quedar los sábados en la Petanca. Vale?
- Vale.

Me gusta este pueblo. Hay gente de todas partes. Algunos vinieron hace muchos años. Otros, hace poco. Algunos son de aquí y no se han movido nunca; otros, en cambio, tienen que irse para ir al colegio. Es curioso este pueblo pero es bonito, muy bonito.